

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA PARAMOUNT



**LA DAMA
DEL HAREM**

POR

Greta Nissen
William Collier

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

LA DAMA DEL HAREM

Interesante asunto interpretado por
Greta Nissen, Louise Fazenda,
William Collier, Jr. y Ernest
Torrence

Or

ES UNA PRODUCCION
PARAMOUNT
EXCLUSIVA DE
PARAMOUNT FILMS, S.A.

LA DAMA DEL HAREM

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Argumento de la película

Esta es una leyenda de amor que se narra en las tiendas de Kedar... Una leyenda para todos los amantes del mundo...

En el valle de Hinnom, lejano lugar del Oriente, se levantaba la casa del patriarca Ismán Alí.

Ismán tenía una hija, más hermosa que las palmeras de su jardín, tan pura como la luz del cielo. Se llamaba Pervanah, sus ojos eran azules y el cabello, rubio, hecho de hebras del sol. Veinte años acababa de cumplir y no había belleza más augusta y fina en toda la comarca.

El joven Rafí era el prometido de Pervanah. Valiente guerrero que tenía en el pecho



El joven Rafí era el prometido de Pervanah.

las cicatrices de los combates, salían de sus labios madrigales de poeta cuando cantaba la figura divina de su enamorada...

Aquel bello joven, cuyos ojos tenían el recuerdo de los desiertos y las batallas, que jamás retrocediera ante el enemigo, tenía timideces de infante al hablar con la reina de su albedrío.

—Pervanah, deja que te lo repita otra vez... ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Para mí eres tan hermosa como el sol!...

—Y para mí, bravo guerrero, eres el primer hombre del mundo — le respondía ella, mirándole bajo el velo blanco y suave que caía sobre su cabeza...

—Nunca nos separaremos...

—Nos casaremos pronto... iremos a formar nuestra vida en un rincón del valle.

—Para bendecir al Señor que nos da la miel de la dicha...

¡Encantadora pareja! Todos la respetaban y admiraban, y hasta las flores del jardín del patriarca parecían abrirse para saludar también al espectáculo divino de una mujer y un hombre que se adoraban...

No lejos de allí, la poderosa ciudad de Khorasan levantaba su orgullosa cabeza hacia el cielo. Inmensas cúpulas sobre base cuadrada coronaban la populosa capital.

Un río silencioso y profundo separaba la ciudad del Palacio del Califa.

Este palacio era un verdadero paraíso, un

alcázar de las Mil y una noches, un edén deslumbrante en que se amontonaran todas las riquezas y todas las maravillas.

La figura del califa era impresionante. Su



—¡Para mí eres tan hermosa como el sol!

expresión adusta, sus ojos entornados, sus mejillas hundidas y flácidas, imponían un respeto hecho de frialdades y de miedos. Aquella cabeza nerviosa, malvada, que servía de remate a un cuerpo delgado y largo, tenía auto-

ridad suprema sobre las ajenas vidas y propiedades.

Cierta mañana el califa llegó al gran salón de recepciones, una estancia de bóveda y columnas de oro y malaquita, incrustadas de piedras preciosas.

La inmensa estancia cuyo pavimento reflejaba los finos mosaicos que brillaban como espejos, aparecía invadida por todos los magnates y mejores soldados de la región.

—¡Salve, príncipe de la Luz! ¡Gobernador del mundo! ¡Add-el-Melick, el Califa!

El califa pasó por entre las hileras de cuerpos que se inclinaban hasta el suelo y fué a ocupar su Trono.

Algunas hermosas mujeres, bailarinas de piel blanca, escogidas entre las más bellas de la tierra, danzaron ante él con los lánguidos movimientos que hablaban de besos y de pasiones...

Después llegaron unos soldados de cascos brillantes trayendo varias arcas de oro.

El califa vivía solamente por dos cosas: por el oro y las mujeres. Lo demás, el bien de su pueblo, las necesidades y la prosperidad del país... no le importaba.

Su única ilusión, lo que ponía llamas encendidas en sus ojos, eran los tesoros arrancados a los países enemigos y que irían a au-

mentar las riquezas de su palacio, o bien la posesión de nuevas mujeres que trajeran a su



Cierta mañana el califa

alma hastiada de conquistador, la alegría de amores desconocidos.

—¡Oh, señor de la tierra! — le dijeron unos

emires. — ¡Aquí tenéis el oro de vuestras minas!

El califa destapó una de las arcas y sus de-



... vivía solamente por dos cosas: por el oro y las mujeres.

dos ensortijados arañaron las finas partículas de oro que movió como arena luminosa.

El contacto del metal animó sus pupilas con un deseo ardiente de retener nuevos tesoros.

—¡Que los soldados cobren el nuevo im-

puesto! — dijo. — ¡Puede pagarse en oro o en mujeres!

Y mientras sus capitanes se dirigían como nuncios de guerra a exigir los caprichos de su señor, éste quedaba en la voluptuosa estancia que llenaban de aroma los pebeteros, escuchando la música de las guzlas y viendo danzar otra vez a mujeres de piel de ámbar o marfil, recluidas en su palacio para satisfacer sus caprichos.

Pero no todo era alegría en la ciudad. Visto más de cerca, Khorasan ofrecía calles de aspecto miserable y abandonado... En ellas vivía todo el pueblo humilde para quien el Palacio del califa era un edén eternamente cerrado a su curiosidad, gentes sencillas que vivían sin aspiraciones o que sufrían los picotazos del hambre que se clavaba en sus carnes esqueléticas.

En aquel barrio vivía Hassan, confeccionador de golosinas, un hombre contento de su suerte que no ambicionaba riquezas y moraba solitario en su tienda de confitero...

¡Era casi feliz! ¡Tenía un oficio tan dulce!...

Usaba una larga barba negra y contaba cuarenta años... Carecía de mujer, pero su alma estaba enamorada, como la de los poetas de su patria. Sólo el ambiente suave y perfumado en que vivía le hacía tolerable la existencia.

Con frecuencia tenía que luchar contra la gula de los chiquillos del barrio que le robaban las almendras, los confites que preparaba con combinaciones que sabían a gloria.

—¿Por qué queréis robarme? — les decía. — Yo os daré de buen grado lo que queráis...

Y él mismo ponía en sus manos cucuruchos de almendras, confituras de frutas y bombones de chocolate.

Y al volver a quedar solo en su casa, decía con melancólico gesto:

—¡Oh, mi Yasmin! ¿Por qué no vienes a alegrar mi vida? ¡Oh, luz de mis ojos! ¿Por qué no me sonríes?...

Y quedaba extático, recitando leyendas y poemas de amor hasta que la entrada de algún cliente le devolvía a la realidad.

Unos días después, el nuevo impuesto decretado por el califa, en violación de toda justicia y ley, fué cobrado por el poder brutal de los soldados reclutados en lejanas provincias...

Piquetes de caballería avanzaban presurosos por las regiones cobrándose en dinero o en mujeres... Exquisitas flores del jardín femenino eran arrancadas por manos impías de sayones.

Hasta el valle de Hinnom donde vivía el pa-

triarca Ismán Alí llegaron los brutales emisarios de la injusticia.

Ismán y su hija salieron a recibir a aquellos rudos guerreros en cuyos rostros había dejado, el instinto de rapiña, marcadas sus huellas innobles.

Un capitán moro dijo al patriarca:

—El Príncipe de los Fieles, el califa, te exige un impuesto de mil dineros...

—¡Oh, señor! ¿Cuándo acabará el califa de expoliar nuestras bolsas? Ya apenas nos queda nada. Le dimos cuanto teníamos...

—¡Dadnos los mil dineros, que nada basta para nuestro noble señor!...

Ismán, comprendiendo que era imposible replicar, entró en su casa, seguido de Pervanah, que adivinó clavadas en ella las pupilas fieras del emisario.

Los soldados quedaron aguardando y el capitán dijo a su segunda:

—A aquella doncella, hermosa como el sol, se vendería a buen precio en el mercado de esclavas...

—¿Por qué no la tomáis? Es cuestión de un instante...

—Tenéis razón... Esperemos...

Volvió Ismán Alí trayendo en un arca la cantidad exigida. Desprendióse de aquel tesoro llorando.

—Os damos nuestros ahorros... cuanto nos quedaba para la vejez... ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

—No os preocupéis, Ismán...

Y apretando el cuello del pobre viejo, le apuñalaron cobardemente, hasta matarle... Luego con la rapidez con que ellos realizaban actos de tal naturaleza, se dirigieron hacia la casa y se apoderaron de Pervanah, venciendo la resistencia valerosa de la joven...

Los soldados lanzaron sus caballerías contra los sirvientes que pretendían oponerse al desmán, y el capitán emprendió rápido galope, llevando apretada entre sus brazos a la linda mujer.

—¡Dejadme... dejadme!... ¡oh, mi padre!

Ella había visto a su padre tendido en tierra, barbotando sangre... Y quería huir, mordiendo las manos de aquel guerrero que se la llevaba veloz como a impulsos del viento...

Pero la caballería pasaba como una exhalación, como un anuncio de muerte, de guerra, que sembraba el odio y la fatalidad donde antes era todo paz...

**

Cuando Rafí volvió a la casa de Ismán Alí, salieron a recibirle llorando los sirvientes del buen patriarca muerto.

—¡Maldición! —dijeron—. Se han llevado a nuestra ama Pervanah al mercado de esclavas y han matado a su padre...

—¡Decidme... que no es verdad! ¿Dónde está Pervanah? ¿Dónde está mi señora?

Y los criados le mostraron al viejo Ismán, muerto, y el alma del joven se sublevó ante el ultraje.

—¡Oh, gentes caritativas! —gritó, montando a caballo—. ¡Indicadme el camino del mercado de esclavas!...

Y dejándose guiar por las manos que le señalaban el lugar infame, corrió hacia él con el odio en los labios y la venganza en el corazón...

¿Llegaría a tiempo de evitar que algún rico mercader adquiriese aquella belleza? Una voz de esperanza le contestaba afirmativamente.

El capitán moro había vendido la doncella a un comerciante que a su vez la exponía a la curiosidad popular, a la tentadora lujuria de las gentes.

Era aquel el clásico mercado donde la belleza rinde su buen precio...

Pervanah permanecía sentada en un rincón al lado de otras mujeres que como ella estaban expuestas a la venta popular.

Algunos compradores, gente basta, miserable, contemplaban a las lindas doncellas atormentadas, y regateaban su precio... Con la constancia del alma oriental iban trabajando dineros hasta lograr un importe razonable...

Pervanah temblaba... Sus labios repetían dos nombres amados: ¡Su padre... Rafí!... Sabía que el primero había muerto y pensaba en el otro, en el guerrero más rápido que el viento, y juvenil y victorioso.

¿No iría a salvarla? ¿No logaría rescatarla de aquellos miserables antes de que alguno se enamorase de ella y quisiera encerrarla en su serrallo?

Rafí llegó al mercado y fué examinando una a una las hermosas esculturas vivientes que se ofrendaban al mejor postor...

Algunas mujeres tenían gestos de noble pudor, tapando sus desnudeces a las miradas ávidas; otras se entregaban con miradas de ani-

males resignados, sin voluntad, a su fatal destino, y aun las había que sonreían, deseando caer en buenas manos al cambiar de dueño para siempre...

Perdía las esperanzas de hallarla, cuando la encontró en un rincón, bella y pálida como un lirio.

—¡Mi Pervanah!... ¡Vida mía!

—¡Rafí!

Unieron las manos con un deseo de besarse, de huir... Pero los guardianes vigilaban impidiendo las efusiones demasiado ardientes... Lo que convenía era vender mujeres a buenos precios...

Rafí era pobre... Preguntó. Por el rescate de Pervanah se pedía mucho dinero, un dinero que él jamás poseería... Ellos sabían que Pervanah era una flor de azucena, pura como el más puro amor y harían pagar caro a quien quisiera comprar aquella juventud de virgen...

—¡No tiembles, mi bien! — le dijo Rafí — Yo voy ahora mismo a buscar el dinero... Lo encontraré donde sea... Pero, entretanto, toma... si durante mi ausencia alguien te lleva, defiéndete...

Y le dió una fina daga de empuñadura de oro que ella guardó en su seno.

Rafí iba a marchar cuando una legión de guerreros negros invadió el mercado.

El jefe eunuco se entregaba al saqueo del mercado de esclavas en busca de una nueva favorita para el califa.

Esgrimiendo terribles gumías, los esclavos comenzaron a apuñalar a los que guardaban a las doncellas, dándoles muerte...

Luego fueron cogiendo a las hermosas del mercado y se las llevaron a cuestas, como banderas de blanco color que contrastaban con la piel reluciente, de ébano, de aquellos miserables.

—¡Huyamos, Pervanah! — dijo Rafí.

—¡Pronto. Rafí!...

Y cuando pretendían escapar, el joven guerrero se sintió herido, cayendo a tierra, y al desvanecerse, vió, como una visión, que unos atletas fornidos y oscuros se apoderaban de Pervanah y se la llevaban lejos muy lejos...

Luego cayó en oscura niebla, y perdió el conocimiento...

Y los esbirros del califa con su cargamento perfumado y juvenil franquearon triunfales las puertas del palacio para llevar a su señor los frutos hermosos y palpitantes de la tierra...

Mientras tanto, ajeno a toda lucha, en la vida de Hassan, el fabricante de gominolas, se había introducido aquello que convierte el destino de los tronos en meras bagatelas.

Hassan amaba a una mujer, una criatura de

tentaciones maravillosas que no se dignaba corresponderle.

Cierta tarde entró en casa del confitero Hassan, un amigo suyo, un muchacho llamado Selim que a ratos era poeta y mago.

—¿Qué dolor te atormenta, oh Hassan, que gimes como un buey en el tormento? — le dijo.

Hassan respondió, tristecido:

—¡Oh, Selim! — Amo a Yasmin y ella se burla de mí... Una gacela... una hechicera... Mi corazón es blando como jalea... mi cerebro arde como fuego.

Parecía realmente loco y sus barbas negras temblaban, sacudidas por un nervioso temblor.

En aquel momento entró en la tienda la muchacha llamada Yasmin, tormento y ensueño de Hassan.

Era Yasmin una joven muy ligerita de cascos, hermosa e insinuante, una chica que gustaba coquetear con todo el barrio...

—Hola, muñeca! — dijo Hassan. — ¿Quéquieres?

—Dame unos cuantos dulces...

Selim la miraba y sonreía...

Preparó el confitero un paquete de los mejores dulces de su tienda, y mientras tanto, ella fué comiendo bombones de los escaparates, devorando algunas almendras de miel...

—Toma, encanto de la vida... alegría de to-

dos! — dijo Hassan a quien el amor volvía poeta.

No quiso cobrarle el paquete. ¿Para qué? El de buen grado se lo daba con la esperanza que alguna vez ella correspondiera a sus atenciones.

—Adiós, Hassan... y muchas gracias...!

Y se marchó balanceando su cuerpo pequeño, de bailarina, dejando en la tienda un perfume más penetrante que el de todos los dulces juntos. Perfume de concentradas esencias sobre el que triunfaba el olor natural de un cuerpo bien limpio y juvenil.

—¿Es esta tu amada, tu diosa, tu lirio? — dijo Selim, riendo.

—Ella es, y no la hubo mejor bajo el sol...

—Ni más coquetuela tampoco... ¡Oh, sus enamorados varían cada cuarto de luna... Te compadezco, Hassan, sufrirás mucho... Ella no es mujer para que te haga feliz...

—No me hables así, Selim... La adoro y no desespero de verla mía...

—Sí!... — dijo Selim, con grandes carcajadas—. Aun de vez en cuando se producen milagros...

Y le dejó en la tienda mientras el confitero quedaba recitando una estrofa de amor al lirio de su jardín espiritual...

Mientras tanto, las esclavas robadas por los

eunucos, habían sido llevadas al harem, cárcel dorada de afiligranados mármoles donde las pobres mujeres pasarían su existencia.

Pervanah, en un rincón, junto a la pared, se negaba a reunirse con sus compañeras de cautiverio...

—Aquella rubia de ojos de gacela... — dijo el jefe eunuco — que venga aquí.

Y la bella Pervanah, encomendándose a su amor, se acercó a las otras desgraciadas mujeres y esperó anhelante...

Una visión de oro, un relámpago de luz, pareció penetrar en la estancia. Llegaba el califa, que vestía túnica de brillantes colores, recamada de perlas y de zafiros.

Fué mirando, con la maligna luz de sus ojillos negros, a cada una de las esclavas, obligándolas a ponerse de pie ante él, contemplándolas con delección. Pero ninguna era la que buscaba, aquella de extraordinaria belleza que pudiera calmar su sed de amor...

Descubrió entre las últimas a Pervanah, temblorosa como una flor.

—¡Oh, modelo de gracia! —dijo—. ¡Por fin!

Y con un gesto obligó a todas las demás a que se retirasen. Pervanah iba retrocediendo con horror, sintiéndose elegida por aquel tirano del mundo.

Fueron saliendo las demás mujeres, pero por

otra puerta apareció Sobeya, la hasta entonces favorita del califa.

Esta morena mujer no se resignaba a que la substituyesen en sus amores; quería exclu-



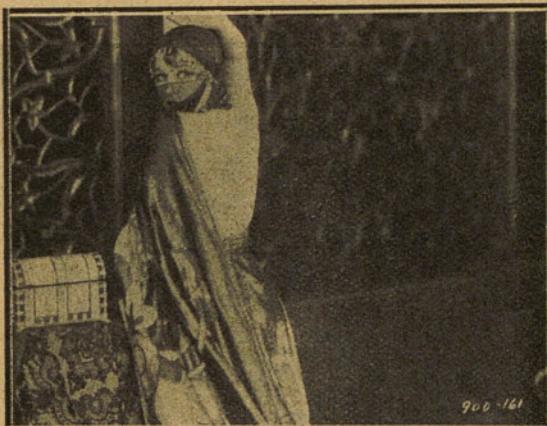
...habían sido llevadas al harem..

sivamente para ella el culto del señor. Y al ver la belleza de Pervanah, sospechó que su reino fragante peligraba.

—¡Oh, señor! — dijo, arrodillándose a sus pies—. Ninguna mujer os será tan fiel co-

mo yo lo he sido... Ninguna velará vuestro sueño como yo...

—¡Sal! — le ordenó el califa, implacable,



...y esperó anhelante...

categórico, con una mirada que destellaba fuego.

Y la mujer que pocos días antes era aún la reina de aquel palacio, fué retrocediendo con lágrimas en los ojos, comprendiendo que su dominación tocaba al fin.

Quedaron a solas el califa y Pervanah. El fué avanzando, manoseando su barba fina, contemplando los tesoros de aquel cuerpo que adivinaba bajo la túnica blanca que lo envolvía...



— Ninguna mujer os será tan fiel como yo...

Ella temblaba y sus labios sólo repetían un nombre: Rafí.

Adivinaba el deseo de aquel hombre, señor y dueño de vidas humanas que podía decir: "quiero" y las multitudes se allanarían a sus

más despóticos caprichos... ¡Y ella, Pervannah, muchachita débil, lirio del valle al que apenas dió el sol, estaba frente a frente con aquél miserable! Pero se dispuso a resistir, a



Sus labios sólo repetían un nombre: Rafi...

luchar con la bravura maravillosa que tienen las mujeres cuando defienden su honra.

El califa le quitó el velo que ella llevaba bajo los ojos y dejó al descubierto un rostro blanco, ovalado, de una tez de camelia.

—¿Cómo te llamas?

—Pervannah — respondió ella.

—No conocí la belleza hasta hoy, Pervannah. ¡Oh, hermosa, yo te amo!...

—¡Déjame marchar... yo no hacía daño a nadie!... ¡Quiero volver a mi casa!...

—Tu casa no es de seguro tan bella como esta... No tendrás allí criados que te sirvan como aquí, ni otro hombre que te ame como yo voy a quererte. Yo tengo en mi poder hasta el secreto del amor... Tú serás mía y lo conocerás...

Y con los ojos encandilados, con la expresión feroz y brutal del hombre que jamás tuvo freno en sus deseos, pretendió besarla.

¡Oh, el contacto de aquella boca inmunda, que le pareció la de una bestia! Pervannah retrocedió y sus manos tomaron instintivamente la daga que Rafi le entregara, y amenazó con ella al califa.

—Deja este juguete, florecita mía...

Y le retorció la muñeca, obligándola a dejar caer al suelo la daga.

—¿No quieres besarme? — le dijo.

—¡Nunca!...

—¡Qué lástima! — respondió él, paseando, con una calma repentina, aterradora, que daba más miedo que el gesto de furor de poco antes.

Cogió una copa de oro y puso en ella un zumo, un licor de color indefinible.

—Ya que prefieres la muerte al amor, bé-



— *Deja este juguete, florecita mia...*

bete esto... Es la manera más airosa de acabar...

Sobeya, la antigua favorita, contemplaba desde una puerta el dramático momento.

Pervanah cogió la copa, la puso a la altura

de sus labios, y vaciló. ¡Morir! Esta idea le estremeció de terror, sintiendo que sus cabelllos se erizaban.

El califa prosiguió con una sonrisa sardónica...

— ¡Si prefieres el amor... vivirás... ¡Sino... la muerte!

Y entonces, ella apuró de un sorbo la bebida, deseando morir, cerrar los ojos para siempre, antes que presenciar el triunfo de aquel hombre sobre su juventud indefensa y virginal.

El califa sonrió, malévolamente... ¡Ah, ingenua! ¿Es que pensó, acaso, escapar a su deseo de placer? No, en vez de veneno, le había dado un narcótico.

Con los ojos vidriosos, Pervanah cayó al suelo, desvanecida.

El la miró quieto, sosegado, con sonrisa de triunfo... La tenía ya indefensa en su poder, sin que pudiera resistir...

Pero Sobeya llegó hasta él y volvió a posarse a sus plantas.

— Señor del mundo, no me abandones... déjame besar tu pie...

El la rechazó, fatigado.

— ¡Apártate... no vuelvas más a mí!... ¡Olvida!...

Y volvió a contemplar a la maravillosa Per-

vanah, caída en tierra con un abandono delicioso.

—¡Dueño mío... no te olvidaré! — murmuró Sobeya, en un arranque pasional...

Y fué alejándose de la estancia, después de haberse apoderado de la daga de oro que Pervanah había dejado caer al suelo.

El califa llamó a un soldado negro.

—Llévate a esta mujer a mi estancia... — dijo, señalando a Pervanah—. Respondes de ella con tu vida...

El servidor no se hizo repetir la orden, y levantando ligero, como una pluma, a Pervanah, la llevó a la habitación regia y deslumbrante.

¡Qué hermosa era aquella mujer! La dejó cuidadosamente sobre almohadones de Damasco y al verla allí, en apariencia sin vida, no pudo resistir la tentación y la besó largamente en aquella boca, pálida y suave...

El califa se dirigió a la terraza con ánimo de respirar un poco el aire nocturno y aclarar sus ideas, y de pronto escuchó un grito, y un cuerpo de mujer vino a caer pesadamente junto a él.

Lo contempló horrorizado.

Era Sobeya que se había clavado la daga en mitad del corazón... No quería sobrevivir a su derrota de amor.

*

**

Así vivía el califa... Saciando su ambición y su lujuria a costa de un pueblo indefenso... Pero sucedió que por las tortuosas calles de Khorasan resonó un día el siniestro clamor de la revuelta...

Los jefes del pueblo descontento se reunían secretamente fraguando planes para la hora en que debía sonar el grito de libertad.

El joven Rafí, cuando recobró el conocimiento en el mercado de esclavas, se dió cuenta de su inmenso infortunio. Era preciso seguir luchando, arrancando a la bella mujer amada, de las garras de su tirano.

La herida que Rafí tenía en el hombro no era importante... Y se sentía ya casi restablecido ante la idea de luchar por la liberación de su novia.

Loco de ansiedad y no pudiendo auxiliar directamente a Pervanah a quien sabía encerrada en el palacio del califa, se unió a las fuerzas de los rebeldes.

—¡Me la devolverás, oh tirano, aunque haya de ir a buscarte en el centro de la tierra! — decía.

Y aquella misma noche estuvo en los sótanos de cierta taberna donde se reunían cuantos soñaban en una existencia menos vergonzosa que la de entonces.

Los revolucionarios eran muchos, y los había que eran sirvientes del propio palacio, oprimidos por una dominación vergonzoza y que sentían el ideal de unirse a los conspiradores.

Aquella noche, algunos hombres trajeron en unas parigüelas el cadáver de un pobre soldado asesinado por orden del califa.

—Venganza... venganza! — repetían las masas...

Llegó uno de los servidores del palacio, complicado en la revuelta.

—¡Otra doncella ha buscado esta misma noche refugio en Alá! — dijo.

Y mostró a todos la daga de oro con que Sobeya se había dado muerte...

Un estremecimiento de horror sacudió a Raífi, al reconocer aquella arma.

—¡Habla! — dijo, temblando—. ¿Qué ha ocurrido?

El soldado explicó:

—Acertaba a pasear por cerca de la galería

del palacio, cuando ví a la mujer hundirse esto en el corazón y desplomarse...

—¡Oh, mi pobre Pervanah! — gimió el mozo creyendo que su amada era la muerta—.
¡Oh, mi dulce doncella!

Y abrazaba y besaba aquella daga que había llegado al corazón de la amada que había preferido morir antes que entregarse al apetito del califa.

—¡Que esta daga sea nuestro símbolo, hermanos! — rugió—. ¡Juremos por la sangre inocente que la mancha de Pervanah será vendada!

Y todos dieron un grito terrible de venganza, dispuestos a luchar contra el miserable que les robaba el oro y las mujeres, la vida y el honor.

Y entretanto allá en el palacio, el califa decía a uno de sus esclavos, entregándole una joya magnífica:

—Si la hermosa doncella Pervanah se digna atender a razones, entrégale esto y dile que mis cofres de joyas están abiertos si ella está dispuesta a arrojarse en mis brazos...

El esclavo fué a la estancia donde ella estaba tendida sobre los almohadones y descorrió las finas cortinas de tul.

Pervanah, en quien poco a poco iba desapareciendo los efectos de la droga narcótica, des-

pertó lentamente y escuchó las palabras del esclavo que le ofrecía la joya.

Se sorprendió al verse despierta, al comprender que vivía, y la realidad de estar en prisión volvió a ella de modo muy amargo... Pero rechazó aquel regalo y respondió con una actitud irrevocable:

—¡Esta noche no, ni mañana por la noche, ni en una eternidad de noches, logrará mi amor el califa!... ¡Decídselo!

Volvío el esclavo a devolver la joya a su señor, y éste sonrió malignamente.

—¡Valiente y dura es esta mujer! — dijo—. Ni la muerte le asusta... ni las joyas inclinan hacia mí su ánimo... Pero calma... ella caerá... ¡No podrá resistir al lujo deslumbrante de mi palacio!...

Y acordó mantener a la bella Pervanah en el harem, esperando que el tiempo, aliado incansable, acabaría por entregarle, rendido y dulce, aquel tesoro femenino.

Desde el día siguiente, los conspiradores comenzaron la guerra sorda y sutil a la cual llamaron "la plaga de las dagas".

Continuamente aparecían contra las paredes del palacio finas dagas amenazadoras que parecían señalar el camino al corazón del califa. Y cuando los soldados iban a exigir los impuestos onerosos a los pobres, las dagas ha-

cían su aparición, matando de modo misterioso, tiradas por manos invisibles, a los emissarios.

Un día dos soldados fueron a casa del con-



... rechazó aquel regalo...

fitero Hassan a exigirle el pago de nuevas monedas.

—¿Otro impuesto? — sollozó el confitero—. No puedo dároslo... Ya no me queda nada...

En aquel momento unas dagas se clavaron

en la pared junto a los soldados y éstos huyeron temerosos de aquellos enemigos secretos.

Hassan, asustado, no queriendo tratos con la justicia, volvió a encerrarse en su tienda.

La guerra de las dagas continuaba en toda su intensidad como avisos agoreros de un futuro terrible para el califa.

Pervanah había sido trasladada al harem con otras mujeres, condenadas a la eterna monotonía de bestias de lujo, y pasaba largas horas melancólicas pensando en los días amables de libertad.

Una tarde el califa paseaba por la terraza de su palacio. De pronto, no muy lejos de allí, un soldado cayó misteriosamente al suelo, atravesado por una de aquellas dagas silenciosas que lanzaban manos secretas.

El califa se estremeció... ¡Oh, Alá! ¿Es que mandaba ya a su propio palacio a los infames revolucionarios? ¡Ah, si él pudiera averiguar quiénes eran!

Y más tarde, al ir a cenar, cuando destapó uno de aquellos magníficos platos de salsa perfumada, se horrorizó al contemplar dentro de él, en vez del manjar apetecido, una daga...

—¿Otra daga? — gritó, descompuesto de odio. — Acaso la traición se esconde entre mis propios guardias?

—Señor — le respondió uno de sus magna-

tes, su primer secretario —, me temo que la revolución tenga más importancia de lo que nos figurábamos al principio.

—Yo averiguaré esto — respondió —. Tráeme la vestidura de un mercader... Saldré de la ciudad y volveré a ella como extranjero. Mi ingenio atrapará las ratas que están royendo mi trono...

—¡Nada os escapará, señor!...

El califa llamó al jefe de los eunucos y le dijo:

—Durante mi ausencia guarda cuidadosamente a la Nívea Doncella... Con tu cabeza responderás de su seguridad a mi regreso...

Y aquella misma noche salieron el califa y su secretario de la ciudad, dispuestos a averiguar dónde arrancaba el origen de aquel poder misterioso que se atrevía a levantarse contra el primero.

A la mañana siguiente, Hassan abrió alegramente su tienda. A pesar de que le habían exigido algunos impuestos, el confitero no protestaba contra la situación del país. En todo Khorasan él era el único hombre que no se preocupaba ni de la opresión en que gemía el pueblo, ni del califa, ni de la negra sombra de la muerte que envolvía a la ciudad.

—Otros asuntos le atraían fatalmente, con poderosas fuerzas... ¡Asuntos del corazón!

Seguía adorando a Yasmin, la coqueta impenitente, y no adelantaba gran cosa en la conquista de la graciosa muchacha.

Selim había ido a verle a su tienda, y Hassan le decía confiado y amistoso :

—¡Oh, Selim! ¡Cuánto más le juro mi amor, más ella se ríe!... ¿Qué he de hacer para atraérmela?

—¿Qué has de hacer? — le respondió Selim —. Es muy sencillo... Dame diez dineros por este filtro de amor y verás como tu hechicera vendrá a ti como las moscas a la miel...

Hassan le entregó de buen grado la cantidad pedida y Selim entonces derramó un misterioso brebaje en unos pasteles y encerró después éstos en una cajita.

—Ahora, Hassan — le dijo —, dá de comer tus dulces preparados a Yasmin y ella te amará con toda el alma...

El buen confitero admiró la sabiduría de su amigo y contempló aquella cajita que encerraba el elixir del amor.

—Selim — le dijo —, tú eres ingenioso y hábil... Tú que eres mi amigo, ¿por qué no la convences de que coma?

—¿Y tú, no te atreves a dárselos?

—Me da tanto respeto... se burla ella tanto de mí...

—Pues bien, Hassan, iré yo... Pero tienes que esperar seis horas a que el filtro haga efecto... Cuando haya pasado este tiempo ve a ella... y te amará...

Marchó Selim con la cajita misteriosa en las manos y el confitero quedó bendiciendo a Alá y a aquel mago y simpático Selim que sabía trastornar el corazón de las muchachas, haciéndoles sentir cariño.

Pasaron seis horas ...

Jovial, vestido con su mejor traje, convencido de que su victoria se acercaba, Hassan se dirigió ante la casa donde vivía la delicada Yasmin...

Llevaba consigo una flauta y el confitero comenzó a emitir notas de su instrumento, graciosos sonidos para que ella se asomara al balcón. ¡Oh, la bien amada! ¿qué le diría al verle?

Ella, sonriente, apareció en una ventana. Llevaba una rosa en la mano y sobre los hombros un lorito...

Hassan, emocionado, fué a decir un cumplimiento, una palabra cariñosa, pero se apagó su sonrisa al ver que un hombre aparecía al lado de Yasmin, y la abrazaba.

¡Era Selim!...

Los dos reían alegremente, burlonamente.

Sin comprender aún, Hassan preguntó:

—¿Pero qué haces aquí?

—Tu filtro de amor ha hecho excelente efecto, ¡oh, Hassan! — respondió Selim, alegramente.

Y volvió a acariciar a la mujer mientras el confitero se alejaba, anonadado por la burla.
¡Ah, traidor! Había dado a beber el filtro a Yasmin para aprovecharse él de sus ventajas.

Amargado, se dirigió a cierta posada en la que se reunían precisamente los conspiradores contra el califa.

Sentóse en el suelo a la usanza oriental y comenzó a beber apurando con una sed rabiosa las copas chorreantes.

Rafí, el triste enamorado de Pervanah, se hallaba sentado junto a él en espera de la reunión que debía celebrarse algo más tarde...

Unas músicas tristes sonaban en la posada... Hassan sentía casi deseos de llorar ante la burla de que había sido objeto.

—Tráeme vino! — dijo a un hombre—.
¡Más vino! ¡Un océano de vino!

Rafí le escuchó, y a pesar de sus penas sonrió ante la desesperación de aquel hombre.

—¿Por qué quieres beber tanto? — le dijo.

—Bebo para olvidar a una mujer, mas, ¿será suficiente para ello esta otra copita?

Y alzó la copa de cristal que brillaba azul en el reflejo de las luces...

—Ni una, ni mil copas serían suficientes si hubieses amado y perdido — le respondió Rafí con triste entonación pensando en la amada muerta.

Guardaron silencio los dos...

Iban entrando otros hombres, gentes de mirada torva y melancólica, que estaban dispuestas a todos los medios para lograr que acabase la tiranía...

El califa y su secretario, convenientemente disfrazados con apagadas y polvorrientas vestiduras, entraron en el local, sentándose en el suelo sobre unas esterillas.

Miraron con ojos avizores, arteros, a la multitud que bullía en la posada.

Tomaron unas copas de licor... y esperaron...

Era ya media noche... Hassan y Rafí hablaban... El califa se había sentado junto a Rafí.

El joven explicaba a Hasan su infortunio. Empuñando una daga entre sus manos, dijo:

—No habrá para mí descanso, ni paz, ni tampoco felicidad, hasta que yo haya conseguido hundir mi daga en el negro corazón del califa!

Y sus ojos contemplaban el arma en la que creía ver aún las huellas rojas de la sangre de Pervanah.

El califa se estremeció ante la amenaza de aquel hombre. Y con un gesto suave, de bello disimulo, preguntó con cierta indiferencia:



... hasta que yo haya conseguido hundir mi daga en el negro corazón del califa.

—Soy extranjero... Dime, ¿qué te ha hecho el califa para despertar tu odio?

—¡Me robó mi amor! ¡La doncella Pervannah está muerta!...

Sonrió el califa pensando en el error en que

estaba el mancebo, pues Pervannah vivía en el harem, condenada entre sedas y perfumes a rendirse a su deseo...

No quiso ya saber más, vió que Rafí le contemplaba con cierto temor, y se alejó acompañado de su secretario.

—¡Tengo sospechas de estos hombres! —dijo Rafí de pronto—. Vamos a detenerlos...

Y todos, soldados del mismo ideal, se alzaron, e impidieron el paso al califa. No le reconocieron bajo aquellas vestiduras humildes; de lo contrario la ocasión era única para darle muerte, pero creyeron en que fuesen tal vez dos espías a los que convenía poner a buen recaudo...

—Nosotros somos gente de paz —dijo el califa—. ¡Nada nos importan las luchas de Khorasan, amigos!...

—¡Venid, oh, señores! —les dijo Rafí—. Pasaréis la noche con nosotros... Quiero que festejemos juntos el encuentro.

—Hemos de salir de la ciudad... nos esperan.

—Extranjero, si no festejas conmigo esta noche, festejarás con la muerte —le dijo Rafí, contemplándole con ojos en que brillaba la ira—. Subid arriba, un convite nos espera...

El califa tuvo que resignarse y meterse en

un cesto que fué izado por medio de cuerdas al piso superior.

Rafí sonreía... Era preciso evitar que nadie ajeno a ellos conociera el lugar donde se reunían... Y viendo al confitero que estaba casi medio borracho, agregó:

—Si hay vino en abundancia, llevaos también a Hassan...

—Sí, sí... llevadme donde haya las mejores bodegas — dijo el confitero.

Y subió también por la cesta acompañado de Rafí...

Llegaron a una gran estancia donde esperaban ya el califa y su secretario. Un viejo, el dueño de la posada, salió a recibirlas:

—¡Bienvenido sean mis huéspedes! — dijo. — ¡Que la gracia del Señor se derrame sobre sus cabezas!

—Pasad adelante! — dijo Rafí.

El califa, su secretario y Hassan avanzaron unos pasos y de pronto vieron que descendía una reja de espesos barrotes y convertía la estancia en una prisión. Además se apagó casi toda la luz, dejando únicamente un farolillo insignificante.

—Pero... ¿qué significa eso? — dijo el califa. — Nos encerráis?...

—Por algunos días... Sabéis demasiado para ir sueltos por la ciudad — dijo Rafí.

V les dejó en aquella prisión...

Hassan no comprendía bien lo ocurrido. El vino había levantado en su cerebro una nube azul que parecía flotar ante sus ojos y le impedía ver la realidad de las cosas. Así es que se dejó caer en el suelo y pronto se quedó dormido, sin adivinar que tenía junto a él un compañero ilustre.

El califa estaba rabioso... ¿Por qué le detenían? ¿Es que le habían reconocido? Y el terror hacia castañear sus dientes...

Rafí volvió abajo, y dijo a los reunidos:

—Separémonos... ¡No volveremos a reunirnos aquí otra vez!... ¡Sospecho que nos espian!...

Y todos se fueron diseminando, dándose cita en otro lugar.

Jamás el bien acostumbrado cuerpo del califa había dormido en un lecho más duro... Mas al fin llegó la mañana...

Unos rayos de sol penetraron en la improvisada cárcel... Cerca de los barrotes unos guardias permanecían inmóviles, de centinela...

Hassan se levantó, libre ya de la borrachera... Y sin acordarse de nada de lo que había ocurrido la noche anterior, dijo, desperezándose...

—Las sartenes y las cacerolas están llamando a Hassan... ¡Adiós, alegres amigos!

Avanzó y topóse con las rejas...

—¿Qué es esto? —dijo, extrañado—. ¿Dónde estoy? ¡Yo quiero salir!

Vió a uno de los guardianes, y le llamó:

—Soy Hassan, el fabricante de golosinas...

¿Por qué se me trata como un ladrón?

—¡Atrás... de aquí no podéis marchar!...

El confitero volvió a su sitio, preguntándose el motivo de su detención. ¡Si él no hacía daño a nadie, si era un hombre insignificante sin otra preocupación que el amor!

El califa había despertado y miraba a Hassan con curiosidad.

—¿No me conoces? —preguntó el califa—. ¿No adivinas quién soy?

Y pareció elevarse ante él, y entonces Hassan cayó rendido a sus plantas.

—¡Oh, señor! ¡Oh, príncipe de la luz! ¡Oh, rey de la tierra!

Le besó emocionado el manto.

—Pero, ¿por qué estáis aquí preso, gran señor?

Le habló en voz baja, asombrado de que el califa, el poderoso amo de la tierra, estuviera en una miserable prisión...

Siguieron hablando y el confitero sentíase deslumbrado viendo junto a él al excelso califa.

Los guardianes se habían alejado de ellos,

de modo que pudieron hablar con más libertad.

—Hassan —le dijo el califa—. Si logras libertarnos, tus cacerolas y tus potes se llenarán de oro.

El confitero comenzó a examinar la cárcel, deseoso de libertar al califa, pensando en lo que significaría para él, que lograra volverle a su palacio.

De pronto vió una grieta en la pared, una fina línea que dejaba pasar una rendija de aire y luz, y murmuró entusiasmado:

—¡Oh, mi rey y señor! ¡Por esta grieta podéis escapar!...

—¡Loco! ¿Te has creído que somos arañas? —rugió el califa pensando en una burla del prisionero.

—¡Oh, no, señor, pero un billete pasado a través de la reja acaso traerá el auxilio deseado!

El califa admiró la perspicacia de Hassan...

Este cortó un pedazo de tela de su manto, pinchó su brazo con un alfiler y escribió con su sangre estas palabras:

El califa está prisionero en esta casa.

Luego introdujo el papel por la grieta, lo arrugó y lo tiró a la calle. ¿No habría alguien que leyera aquel mensaje angustioso?

—Confianza, señor. Estas calles son muy

concurridas y seguro estoy de que se enterarán del escrito.

—Si logras salvarme, Hassan, no habrás podido soñar nunca tan bella recompensa...

Unos vagabundos dormían en la calle, junto a los muros de la posada. El escrito cayó sobre uno de ellos quien lo leyó y enteró al otro de su contenido. Y comprendiendo la immense importancia que encerraba aquel mensaje, corrieron a palacio a comunicar la noticia.

Una hora después una legión de fieles soldados llegaba a la posada, y libertaban al califa y los otros dos prisioneros.

La presencia de los soldados y del poderoso señor que había permanecido prisionero una noche, causaron en el barrio una gran emoción... Las gentes se asomaban a las ventanas para comprender la causa del griterío... Yasmin y su nuevo amigo Selim aparecieron también, contemplando extrañados a Hassan que iba al lado del califa...

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué Hassan, el confitero humilde y desconocido, estaba junto al señor de la tierra que parecía mostrarse una sonrisa preferente? Y su estupor fué todavía más enorme, cuando escucharon que el califa decía alegramente:

—El ingenio de Hassan me ha salvado la

vida... En agradecimiento, Hassan ocupará en la corte elevado lugar...

El confitero se inclinó con lágrimas de emoción.

—¡Oh, señor!...

—Voy a colmarlo de joyas y regalos... Quiero yo a Hassan como a un hermano.

Y marcharon los dos, escoltados por la tropa que rendía también honores al salvador del califa...

Y en su ventana, Yasmin apartó de su lado a Selim para mirar con ojos alegres a Hassan, al hombre que ella había abandonado y que iba a ser poderoso...

Y con la punta de sus dedos le envió un beso prometedor...

**

¡Oh, la nueva vida de Hassan! Jamás había probado el confitero vino que le inspirase sueño más dulce que éste... Porque estaba seguro de que estaba soñando al verse trasladado al propio palacio del califa.

Habían preparado para él una estancia lujosísima, pues en lo sucesivo viviría en el palacio como eterna muestra del agradecimiento del soberano.

Iba vestido de oro y pedrería, con manto riquísimo, turbante con plumas blancas sostenidas por brillantes del tamaño de nueces...

¡Qué lejana le parecía ahora la confitería, su humilde oficio, los pasteles y las almendras de antes!

Una legión de esclavos le rodeaba acicalando su persona, y les mandaba con voluptuosa laxitud:

—Traedme más vino... más perfume... más música... más bayaderas... más de todo!...

Y cuanto pedía era suyo, y el vino le producía cosquilleos en el paladar, y la música alegraba sus oídos y las mujeres que danzaban ante él hacían languidecer sus ojos y su imaginación.

Había Hassan olvidado su vida anterior, pero una cosa no perdía su recuerdo... ¡Era Yasmin, la muñeca inconstante, la mujer que prodigaba el amor a todos sin darlo nunca a un hombre determinado!

Aquella noche alguien llamó a la puerta de Yasmin... Era el antiguo confitero.

Yasmin le recibió con grandes aclamaciones de entusiasmo y le besó muchas veces...

—No me habrás encontrado mucho a faltar, Yasmin, ¿verdad?

—¿Cómo es posible que digas eso, Hassan? — respondió la muchacha que al verle tan poderoso quería congraciarse con él—. ¡Todo el día he estado llorando por ti, sufriendo por ti!...

Se sentaron en un diván, tomaron unas bebidas... Pasaron largo rato conversando mientras Yasmin le daba sus besos de modo insistente...

Pero Yasmin aquella noche había recibido la visita de otros tres amigos, cada uno por separado y que estaban ahora escondidos en arma-

rios y estancias contiguas esperando el instante en que se fueran los demás.

Nada sospechaba Hassan... Mas de pronto un mono abrió un armario donde estaba escondido uno de los hombres, y Yasmin le tiró, enfurecida, un almohadón.

—¡Si no sales de ahí te rompo una pata, si-mio estúpido!

El mono se alejó, pero el hombre cansado de esperar, salió del armario y se mostró ante Yasmin y el antiguo confitero.

Este se levantó airado, pero sin perder la serenidad que su nuevo cargo debía proporcionarle.

—¿Conque todo el día llorando por mí, sufriendo por mí, con tan buena compañía? —dijo.

—¡Oh, perdóname, Hassan!... Yo no quería recibirlle...

Pero entonces vió Hassan a los otros dos enamorados que esperaban también, y Hassan rechazó a la muchacha, prometiéndose no volverla a ver más...

¡Ingrata, coquetuela! Pero ahora Hassan tendría en el palacio del califa las mujeres más bonitas del mundo y sustituiría su pena con el amor de alguna otra favorita...

Y se marchó hacia palacio, mientras Yasmin, furiosa por haber perdido el cariño de

aquel hombre, obligaba a marchar a todos los otros enamorados.

A la siguiente mañana, un esclavo iba al encuentro de Rafí, en otra posada, y le decía:

—Pervanah, la Nívea doncella, está prisionera en la torre del Oeste...

Un inmenso júbilo se apoderó de Rafí... ¡Oh, Pervanah vivía; la muñeca que era todo su amor no había muerto!...

—¿Cómo lo has sabido?... ¡Habla!...

—Acaba de decírmelo un eunuco que está dispuesto a traicionar al califa... Hasta ayer vuestra novia estuvo en el harem, pero ahora la ha trasladado el califa a la torre.

—¡Oh, amigo, cuán agradecido quedo a vuestra noticia!... Voy a salvar a mi amada, aunque tenga que arrancarla del propio brazo de sus verdugos...

Al enterarse de que ella vivía, sintió una energía irresistible... ¡Ya no estaba solo en el mundo! Su lucha contra el califa estaría llena de mayor energía y fe, y arrancaría a Pervanah de aquel tirano.

Se dirigió al palacio; el eunuco, traidor al califa, le fué guiando cautelosamente hacia la torre donde gemía la doncella, y pronto Rafí tuvo la inmensa dicha de encontrar a su Pervanah.

—¡Amada mía!

Se besaron largamente... Se abrazaron una y otra vez, locos de contento, como si no lograran hacerse cargo de que habían vuelto a reunirse... ¡Ah! ¿no vivirían tal vez un sueño engañador que haría luego más amarga y dolorosa la realidad?

Rafí no había pensado ya en volverla a ver, y ella tampoco creyó ser nunca libertada de su encierro. ¡Y al verse juntos los dos ya nada les importaba... ni la muerte!...

El eunuco les fué guiando para encontrar la salida, esquivando la vista de los guardianes.

Pero de pronto se dió la voz de alarma; acababan de descubrir la desaparición de la doncella... Vieron los amantes, horrorizados, pasar cerca de ellos al califa que había dado la orden de que se encerrase antes a Pervanah en la torre a fin de hacer más penoso su cautiverio.

—¡A ellos, a ellos! — dijeron muchas voces.

Y una legión de negros soldados invadió la estancia, dando muerte al eunuco que había guiado a los jóvenes, y apresando a Pervanah.

Rafí quiso huir, para poder más tarde libertar de nuevo a su amada, y corriendo hacia un rincón de la estancia metióse en el interior de una inmensa jarra de porcelana finísima.

Uno de los esclavos le vió y puso su tajante

yatagán sobre la jarra, impidiéndole salir de su encierro.

Apareció el califa y miró duramente a la mujer que había pretendido huir. ¡Ah, la mal-dita! ¡No sólo no se rendía a su amor, sino que le hacía el ultraje de escapar de su casa!...

Luego ordenó que saliese Rafí de la jarra y el muchacho, severo y digno, apareció ante él.

—¡Llevalle a la cárcel! — ordenó. — Tu alojamiento no será muy amplio, pero a él seas bienvenido, oh, mi huésped! — le dijo, con una sonrisa tranquila pero feroz.

Unos soldados rodearon a Rafí llevándoselo a la prisión, mientras otros volvían a la torre a Pervanah.

El califa había reconocido en aquel muchacho al mismo que le tuvo preso la última noche... ¡Ahora se vengaría de él con toda la tortura y el refinamiento de que puede ser capaz un alma criminal!

—¡No tendrás a Pervanah — se dijo — y presenciarás mis bodas con ella!

Luego dió orden para que aquella misma noche se celebrase el juicio contra los dos. También quería castigar a Pervanah...

Y unas horas más tarde, comenzó el juicio. Colmado de riquezas, Hassan permanecía constantemente sentado a los pies del califa como su cortesano favorito.

Pero ahora al saber que iban a ser juzgados un hombre y una mujer, tembló acobardado... El era espíritu pacífico... que amaba la vida dulce... y el espectáculo del tormento le horrorizaba...

Los soldados condujeron ante el califa a Pervanah y a Rafí. El confitero reconoció en este joven al de la posada y recordó su historia...

¡Aquella bella mujer que tenía al lado, era indudablemente Pervanah, cuya muerte había lamentado el rebelde!

Pálidos, Pervanah y Rafí estaban ante el califa, el hombre que podía disponer a su antojo de sus vidas. Pero no temblaban, le miraban sin miedo, dignamente...

—Hemos vuelto a encontrarnos, oh Rafí — dijo el califa —, y esta noche morirás por el más refinado tormento!... ¡Has de pagar mi prisión y tu rapto!...

El respondió estrechando contra sí a la mujer amada:

—Yo te ayudaré a inventar torturas más refinadas para mí, si dejas en libertad a Pervanah.

Pero la doncella dijo entonces con una voz rota por el espanto:

—Oh, señor del mundo, no le hagas ca-

so!... ¡Haz lo que te plazca de mí, pero perdona a Rafí!...

—¡La libertad de ella, señor!...

—¡No... no!...

Y aquella pugna, aquel doble sacrificio de los amantes, hubiera enternecido al corazón menos bondadoso. Cada uno deseaba que cayera sobre él el tormento para libertar al amado...

Los dos muchachos, con lágrimas infinitas se besaron, y formaban un grupo sublime, dispuestos al martirio propio con resignación para que el otro sér quedara libre.

Hassan ante aquel amor no pudo contener unas lágrimas.

El califa les miró y maldijo el corazón de aquella mujer, tan frío y adusto para él, mientras que sufría por Rafí hasta llegar a la muerte.

—Tanta fidelidad me conmueve el corazón! — exclamó con cinismo —. ¡Seré clemente... bondadoso!... ¡Esta noche celebraremos una boda!...

Y ordenó a un esclavo que llevaba en la mano un afilado yatagán:

—¡Encerradlos en la torre hasta la hora del festín de boda!...

—¡Vamos... seguid! — rugió el esclavo.

Y los dos jóvenes, muy unidos, muy juntos, marcharon de allí, preguntándose qué querría

dicir con el anuncio de boda aquel espantoso tirano.

El califa cuando ellos desaparecieron ordenó a uno de sus magnates:

—Preparad el festín de boda, mas tú, Isra-fel, trae tu sable y el tajo de las ejecuciones, pues yo seré el novio...

El otro se inclinó para cumplimentar la orden.

Hassan adivinó algo horrible en la actitud del califa, comprendió que daría la muerte a aquel pobre joven, y suplicó, indignado por la injusticia:

—Lo que intentáis hacer es una maldad, ¡oh, califa!

—¡Isolente! ¿Quién eres tú para juzgar las acciones del elegido de Alá?

Le contempló furioso y deseó pisotearlo como a un sapo.

—¡Yo no te juzgo! — respondió tranquilo Hassan—. ¡Yo te digo en propia cara que eres un infame!

Le contempló el califa con deseos de arrancarle la vida. ¡Ah, el viejo loco!

—¡Si no fuese porque me salvaste la vida — le dijo — probaría el sable de Israel en tu duro pescuezo, espantapájaros!

El califa abandonó la estancia dando una

mirada despectiva al confitero. Este quedó aterrado... Comprendía las intenciones del califa. Era preciso salvar a Rafí de la muerte...

**

Los esclavos del califa prepararon manjares exquisitos... Una hora después dió principio al gran festín de bodas... Los principales magnates del califato ocupaban sitio en el regio salón... Unas músicas amenizaban el acto y bailarinas casi desnudas danzaban ritmos mágicos del Oriente...

El califa presidía la fiesta teniendo junto a él un tajo y el sable de afilada hoja.

—¡Esta es mi boda — dijo —; voy a casarme esta noche!...

Mandó que Rafí y Pervanah llegaran hasta él y les obligó a permanecer allí de pie, mientras él comía manjares exquisitos y dulces de un delicado sabor...

—¡Hay que celebrar el festín cómo es debido! — dijo.

Rafí estrechó contra su corazón a la pobrechita Pervanah que temblaba al ver el sable que brillaba con luz fría y siniestra. ¿Qué iba a pasar? ¿qué significaba aquel anuncio de boda?

Hassan había salido hacia uno de los corredores de palacio, y decía a un soldado a quien había visto la noche en la posada:

—¡Presto, dad la voz de alarma!... ¡Rafí, vuestro jefe, está a punto de ser decapitado!

Luego de correr y beber de manera opípara, el califa dijo a los dos prisioneros:

—¡Oyeme, Rafí... estamos celebrando mi boda con tu Pervanah!...

El dió un grito de horror, pretendiendo lanzarse contra el tirano. Y Pervanah se estrechó contra sus brazos, sacudida por un temblor angustioso...

—¡Te ofrecí mi cámara nupcial para la noche, oh Rafí! — siguió diciendo el malvado —. Por lo menos tu cabeza la ocupará asida por los cabellos, mientras tus ojos apagados contemplan a tu Pervanah y a mí...

—¡Miserable... miserable! — clamó el joven —. Pero tendrás una muerte peor de la que vas a darme a mí...

—¡Ea — rugió el califa —; que no hable más!... ¡Dadle muerte!

Y entonces, horrorizada, pálida como la cera, la bella Pervanah para quien Rafí era lo único que le quedaba en el mundo, dijo a su enamorado:

—De la vida a la muerte hay sólo un paso,

amor... ¡Podemos darlo los dos cogidos de la mano!

—¡No, no... Pervanah... tú no debes morir!

Pero ya algunos esbirros pusieron sobre el tajo a Rafí, pronto a segarle la cabeza por el sable, y entonces la doncella, la inmaculada Pervanah, colocó valerosamente su testa rubia junto a su amado...

¡Morir también... con él... para encontrarse más allá... siempre juntos!... El poder del califa era grande, terrible, pero no llegaba, como no ha llegado el de ninguno de los tiranos del mundo, a mandar en el reino de la muerte...

Las dos cabezas esperaban el corte mortal que las cercenaría sangrantes...

El verdugo tenía el sable en alto, pronto a descargar sobre aquellos cuellos juveniles...

Vaciló un instante el califa... Deseaba liberar aún de la muerte a aquella mujer, hacerla suya primero, y entregarla después al verdugo... Pero al verla allí, junto a Rafí, entregándose en la imploración del más sublime cariño, se sintió mordido por la bestia de los celos.

—¡Matadles a los dos! — rugió.

En aquel momento, escuchóse un formidable grriterío, se vieron esgrimir gumías y espadas en alto y oyérонse gritos terribles, de odio:

—¡Muerte al traidor!... ¡Muerte al tirano!

El califa miró aterrorizado aquella invasión revolucionaria que después de haber logrado vencer la guardia del palacio, avanzaba con ansias de muerte.



Las dos cabezas esperaban el corte mortal ..

Mandaba las huestes enfurecidas, Hassan, convertido en guerrero por la fuerza bella de la justicia.

Los conspiradores, enterdos de que peligraba la vida de Rafí, habían comenzado la revuelta...

Una daga saltó rápidamente por los aires y fué a clavarse en la espalda desnuda del verdugo que cayó al suelo desplomado en el instante en que iba a dejar caer su arma contra las dos juveniles cabezas...

Pervanah y Rafí, estremecidos por el tumulto, se levantaron, y el joven comprendió entonces que la revolución era un hecho, que los hombres, cansados de la tiranía, iban a acabar con todos aquellos procedimientos infames...

En pocos momentos, los triunfadores dieron muerte a los que defendían al califa y una daga saltó y fué a clavarse justiciera en el corazón del qué había sido tirano de su pueblo...

Allá quedó, caído en tierra, el califa, el hombre a quien el pueblo daba su castigo...

Y Rafí y Pervanah pudieron besarse libremente mientras la masa cantaba el término de la bárbara tiranía...

**

Y así fué cómo, al fin, la paz volvió a reinar en Khorasan, con un nuevo califa y una nueva era feliz para el pobre y el oprimido.

Hassan, el antiguo confitero, el hombre hon-

rado que había salvado la vida de Rafí y de Pervanah, fué elegido califa...

En vano se negó a aceptar el cargo... ¡Fué imposible! El pueblo le proclamaba su jefe...

Y él se resignó a la voluntad soberana:

—¡Dedicaré todos los días de mi vida al amor de mi pueblo! — dijo —. Khorasan volverá a ser la gran ciudad que un día fué...

Y comenzó una época de paz... Y en el harrem, el nuevo califa eligió como favorita de su amor, a Yasmin, a quien perdonó sus faltas y su ligereza en aras del cariño inolvidable que por ella sentía...

Mientras tanto, libres de las torturas crueles del antiguo califa, Rafí y Pervanah, aquellos que habían querido morir antes que separarse, volvieron a su amado valle de Hinnom, a su casita llena de recuerdos, a vivir su amor y proclamar la unión eterna de sus corazones...

**

Y esta es la leyenda de amor que se narra en las tiendas de Kedar... Una leyenda para todos los amantes del mundo...

FIN

Próximo número:

La emocionante novela

ERRORES DEL DIVORCIO

Es una producción PARAMOUNT, interpretada por los geniales artistas **Florence Vidor, Greta Nissen y Clive Brook.**

Adquiera sin demora la formidable novela

EL SÉPTIMO CIELO

que acaban de poner en venta las selectas
Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Biblioteca «Nuestro Corazón» publica en su tercer libro, aparecido ayer, el finísimo asunto de José Baeza Valero:

LA ESPOSA Y LA AMIGA

